Sobre la revolución estrangulada y sus estranguladores. Respuesta al señor André Malraux

León Trotsky

12 de junio de 1931

(Tomado de "Sobre la revolución estrangulada y sus estranguladores", en L. Trotsky, *La revolución estrangulada*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1974, páginas 25-32)

Un trabajo urgente me ha impedido leer en el momento oportuno el artículo del señor Malraux, en el cual, contra mi crítica, pleitea, a favor de la Internacional Comunista, de Borodin, de Garin y de él mismo. El señor Malraux está aún más alejado del proletariado y de la revolución como escritor político que como artista. Este hecho no bastaría, por sí mismo, para justificar estas líneas, pues jamás se dijo que un escritor de talento deba ser necesariamente un revolucionario proletario. Si, no obstante, vuelvo a examinar una cuestión ya tratada, lo hago por el interés del tema y no para hablar del señor Malraux.

Las mejores figuras de su novela, yo lo he dicho, se elevan hasta transformarse en símbolos sociales. Debo agregar que Borodin, Garin y todos sus "colaboradores" son los símbolos de una burocracia casi revolucionaria, de este nuevo "tipo social" que ha nacido gracias a la existencia del estado soviético, por una parte, y, por otra, gracias a un cierto régimen de la Internacional Comunista.

No he querido asimilar a Borodin al tipo de los "revolucionarios profesionales", aunque así esté caracterizado en la novela del señor Malraux. El autor trata de demostrarme que Garin posee muchos galones de funcionario que le darían derecho al título. El señor Malraux no considera fuera de propósito agregar que Trotsky posee algunos más. ¿No es extraño? El tipo del revolucionario profesional no tiene nada de un personaje ideal. Pero, en todo caso, es un tipo bien definido, que tiene su biografía política y los rasgos netamente señalados. Sólo Rusia ha sido capaz, desde hace algunas decenas de lustros, de crear este tipo y, dentro de Rusia, más acabadamente que cualquier otro partido, el partido bolchevique.

Los revolucionarios profesionales de la generación a la cual, por su edad, pertenece Borodin, han comenzado a formarse en la víspera de la primera revolución, han soportado la prueba de 1905, se han templado e instruido (o corrompido) durante los años de la contrarrevolución[1].

En 1917 han tenido la mejor oportunidad de probar lo que eran. Entre 1903 y 1918, es decir, en el período durante el cual se formaba, en Rusia, el tipo del revolucionario profesional, un Borodin y centenas y millares de los que a él se parecían han permanecido fuera de la lucha. En 1918, después de la victoria, Borodin se puso al servicio de los sóviets: esto lo honra; es más honroso servir a un estado proletario que a un estado burgués.

Borodin se encargaba de las misiones peligrosas. Pero también los agentes de las potencias burguesas corren en el extranjero, especialmente en las colonias, serios peligros, en el cumplimiento de su deber. Y esto no los convierte en revolucionarios. El

[1] De 1906 a 1917.

tipo del revolucionario aventurero y el del revolucionario profesional pueden, en ciertos aspectos y en ciertas circunstancias, parecerse. Pero por su constitución psíquica y su función histórica, son tipos opuestos.

El revolucionario se abre camino junto con su clase. Si el proletariado es débil, retrasado, el revolucionario se limita a hacer un trabajo discreto, paciente, prolongado y poco brillante; crea los círculos, hace propaganda, prepara cuadros; con la ayuda de estos últimos consigue agitar a las masas, legal o clandestinamente, según las circunstancias. Siempre hace una distinción entre su clase y la enemiga y tiene una sola política, la que corresponde a las fuerzas de su clase, a las cuales asegura. El revolucionario proletario, ya sea francés, ruso o chino, considera que los obreros son su ejército, para hoy o para mañana. El funcionario aventurero se ubica por encima de todas las clases de la nación china. Se cree llamado a dominar, a decidir, a mandar, independientemente de las relaciones internas de las fuerzas que existen en China. Como él observa que el proletariado chino es actualmente débil e incapaz de ocupar con seguridad los puestos dirigentes, el funcionario trata de reconciliar y combinar las diferentes clases. Actúa como inspector de una nación, como virrey encargado de los asuntos de una revolución colonial. Busca un entendimiento entre el burgués conservador y el anarquista, improvisa un programa *ad hoc*, edifica una política basada en equívocos, crea un bloque de cuatro clases opuestas, se convierte en tragasables y pisotea los principios. ¿Cuál es el resultado? La burguesía es rica, influyente, experimentada. El funcionario aventurero no consigue inducirla en error. En cambio, logra engañar a los obreros, abnegados pero carentes de experiencia, y los entrega a la burguesía.

Así es la función que desempeñó la burocracia de la Internacional Comunista en la revolución china.

Como él cree que el derecho de la burocracia "revolucionaria" es mandar, independientemente, por supuesto, de la fuerza del proletariado, Malraux nos enseña que era imposible participar en la revolución china sin participar en la guerra, que no se podía participar en la guerra sin estar afiliado al Kuomintang, etc. A todo esto agrega que la ruptura con el Kuomintang le traería al partido comunista la necesidad de volver a la acción clandestina. Cuando se piensa que tales argumentos resumen la filosofía de los representantes de la Internacional Comunista en China, es imposible no decir: ¡Sí, la dialéctica del proceso histórico a veces hace chistes muy malos a las organizaciones, a los hombres y a las ideas! ... ¡Se da una solución demasiado simple al problema! Para triunfar, hay que subordinarse políticamente a la clase enemiga, participando en los hechos que ella dirige; para escapar a la represión del Kuomintang, hay que engalanarse con sus colores...

¡En esto consiste todo el secreto que Borodin y Garin tenían que revelarnos! La apreciación política del señor Malraux acerca de la situación, de las posibilidades y de los problemas de China en 1925, es completamente falsa; apenas este autor alcanza el punto donde los verdaderos problemas de la revolución comienzan a esbozarse. Sobre este tema he dicho todo lo que era indispensable decir. En todo caso, el artículo de Malraux, publicado en otra parte, no me da motivos para reconsiderar lo que he dicho. Pero aun en el terreno del juicio equivocado que adopta Malraux sobre la situación, es absolutamente imposible reconocer que la política de Stalin-Borodin-Garin sea justa. Para protestar contra esta política en 1925, era necesario ser vidente. En 1931, sólo un ciego incurable podía defenderla.

¿Acaso la estrategia de los funcionarios de la Internacional Comunista procuró al proletariado chino otra cosa que no fuera humillaciones, la exterminación de los cuadros militantes y, lo que es más grave, un terrible confusionismo? ¿Acaso una vergonzosa capitulación ante el Kuomintang protegió al partido contra las represiones? Muy por el

contrario, el resultado es un acrecentamiento y una concentración de las medidas represivas. ¿Acaso el partido comunista no debió volver al subterráneo de la ilegalidad? ¿Y cuándo? ¡En el período de la derrota de la revolución! Si los comunistas hubieran comenzado por actuar subterráneamente, en el momento del ascenso revolucionario, enseguida habrían podido manifestarse abiertamente, encabezando a las masas. Tchang Kai-shek, después de introducir la confusión en el partido, después de desfigurarlo y desmoralizarlo, con la ayuda de los Borodin-Garin, actuaba con mayor seguridad, obligando al partido, en estos años de contrarrevolución, a una existencia clandestina. La política de Borodin-Garin se entregó entera y absolutamente al servicio de la burguesía china. El partido comunista chino, como estaba expuesto a la desconfianza de los obreros progresistas, debe recomenzar completamente su obra, en un terreno cubierto de desechos, obstruido por los prejuicios y los errores no reconocidos. Así es el resultado.

El carácter criminal de toda esta política es particularmente flagrante en ciertos pormenores. El señor Malraux honra a Borodin y compañía por haber llevado conscientemente al líder burgués Tcheng-Daï debajo del cuchillo del terror, entregando al mismo tiempo los terroristas a la burguesía. Semejante maquinación es digna de un Borgia burócrata o de esa nobleza polaca revolucionaria que ha preferido siempre practicar el asesinato a través de intermediarios, ocultándose detrás del pueblo. No, el problema no era ejecutar a Tcheng-Daï en una emboscada; la verdadera tarea era preparar la caída de la burguesía. Cuando un partido de la revolución se ve forzado a matar, actúa asumiendo abiertamente sus responsabilidades, invocando tareas y fines accesibles y comprensibles para la masa.

La moral revolucionaria no se basa en las normas abstractas de Kant. Está formada por reglas de conducta que ubican a la revolución, con sus tareas y con sus propósitos, bajo el control de su clase. Borodin y Garin no estaban ligados a la masa, no se habían impregnado de un sentimiento de responsabilidad con respecto a su clase. Son superhombres de la burocracia que creen que "todo está permitido" ... dentro de los límites de una orden recibida de las autoridades superiores. La acción de esos hombres, aunque en algunos momentos pueda ser muy destacada, al final de cuentas se vuelve necesariamente contra los intereses de la revolución.

Una vez que hacen asesinar a Tcheng-Daï por Hong, Borodin y Garin entregan a este último y a su grupo a los verdugos. De esta manera, toda su política está signada por la marca de Caín. En esta ocasión, el señor Malraux también actúa como su abogado. ¿Cómo argumenta? Dice que también Lenin y Trotsky han tratado implacablemente a los anarquistas. Es difícil creer que esto sea afirmado por un hombre que ha tenido, al menos durante un cierto tiempo, algo en común con la revolución. Malraux olvida o no comprende que una revolución se hace contra una clase para asegurar la dominación de otra y que sólo para cumplir esta tarea, los revolucionarios adquieren el derecho de ejercer la violencia. La burguesía extermina a los revolucionarios, a veces también a los anarquistas (pero a estos últimos cada vez menos frecuentemente, pues se vuelven más y más sometidos) para mantener un régimen de explotación y de infamia. Ante una burguesía dirigente, los bolcheviques se declaran siempre a favor de los anarquistas, en contra de los Chiappe. Cuando los bolcheviques han conquistado el poder, han hecho todo para ganar a los anarquistas a favor de la dictadura del proletariado. Y la mayoría de los anarquistas ha sido, efectivamente, arrastrada por los bolcheviques. Pero, efectivamente también, los bolcheviques han tratado muy duramente a aquellos anarquistas que intentaron arruinar la dictadura del proletariado. ¿Teníamos razón? ¿Estábamos equivocados? Se juzgará según la opinión que se pueda tener acerca de la revolución llevada a cabo por nosotros y del régimen que esta revolución ha establecido. Pero, ¿es posible imaginar, nada más que por un segundo, que los bolcheviques, bajo el gobierno

del príncipe Lvov o bajo el de Kerensky, un régimen burgués, se hubieran convertido en los agentes de semejante gobierno para exterminar a los anarquistas? Basta plantear claramente la cuestión para desecharla con repugnancia.

Así como el juez Brid'oison despreciaba siempre el fondo de un asunto, interesándose sólo en la "forma", de la misma manera la burocracia seudorrevolucionaria y su abogado literario se interesan nada más que en el mecanismo de una revolución y no se preguntan a qué clase ni a qué régimen esta revolución debe servir. En este punto, un abismo separa al revolucionario del funcionario de la revolución.

Lo que dice Malraux acerca del marxismo es verdaderamente curioso. Si damos crédito a lo expresado por él, no se podía aplicar la política marxista en China, dado que el proletariado chino no tenía, según él, conciencia de clase. Parece que, en este caso, el problema es despertar esta conciencia de clase. Ahora bien, Malraux concluye justificando una política dirigida contra los intereses del proletariado.

Malraux usa otro argumento que no es más convincente, pero sí más divertido: Trotsky, dice, afirma que el marxismo es útil para la política revolucionaria; pero Borodin también es un marxista, igual que Stalin; hay que pensar, pues, que el marxismo no sirve para nada en este asunto...

En cuanto a mí, he defendido contra Garin la doctrina revolucionaria como defendería la ciencia médica contra un curandero pretencioso. El curandero me contesta que los médicos diplomados matan frecuentemente a sus enfermos. El argumento es indigno no sólo de un revolucionario, sino de un vulgar ciudadano poseedor de una mediana instrucción. La medicina no es todopoderosa; los médicos no consiguen siempre curar; hay, entre ellos, ignorantes, imbéciles y aun envenenadores; evidentemente, esto no es una razón para autorizar a los curanderos que jamás han estudiado medicina de la cual niegan la importancia.

Después de leer el artículo de Malraux, debo agregar una corrección a mi artículo anterior: yo había escrito que la inyección de marxismo sería útil para Garin. No lo pienso más.

Kadiköy, 12 de junio de 1931

Edicions internacionals Sedov
Núcleo en defensa del marxismo
Germinal
germinal_1917@yahoo.es